

CANTO IV.

Entre los seres de furor y llanto
Que en el abismo de la eterna pena
En espinoso lecho de quebranto
La hiel de sus recuerdos envenena,
Y en cuyo oído con rabioso espanto
Aún la voz de Miguel airada suena;
Entre aquellos espíritus que un día
Al Infierno lanzó su rebeldía;

Hay uno sobre todos peligroso
Para el mortal que á su consejo atiende,
Y afecta por su influjo tenebroso
Buscar verdad y á la verdad ofende:
Estingue con su soplo pavoroso
La luz de fé que la piedad enciende;
Hielo es su corazon; su lengua es muda
Y el Demonio lo llaman de la Duda.

Genio sombrío, por secuaces cuenta
Al rudo Tedio, al Desconsuelo triste;
Siempre á su lado la Impiedad se asienta;
Siempre la Argucia con fervor le asiste:
Nunca su ser al ánimo presenta,
Ni de apariencia material se viste,
Ni hombre alguno jamas con miedo vago
Sintió su golpe ni esquivó su amago.

No es él el que con soplo envenenado
El voraz fuego de la guerra atiza,
Cuando devasta el ópimo sembrado
Y trueca las ciudades en ceniza:
No es él quien con semillas de pecado
Las fuentes de la vida esteriliza,
Derramando en la atmósfera celeste
Atomos mil de asoladora peste.

No es él el que del hombre las miradas
Enciende con relámpagos de ira,
Ni el creador de esas fábricas doradas
A que incansable la ambicion aspira:
No es él quien al anciano de apagadas
Pasiones sed de atesorar inspira;
Ni quien las artes de la paz destruye,
Ni al amor los placeres sustituye.

Es algo mas. Su nombre lo define
Mejor mil veces que el discurso mio,
Por mas que en frases de dolor combina
Males, llantos, horror, ira y hastío;
Daño no hay que de él no se origine
Cual de una fuente se origina un rio,
Éste bramando en caudalosas venas,
Aquella escasa y murmurando apenas,

Él fué de los rebeldes el primero
Que aconsejó á Luzbel su rebeldía,
Que del Empíreo el fúlgido lucero,
Astro apagado del eterno dia,
Al ver su perfeccion dudó altanero
De si tan dios como su Dios seria,
Y del orgullo con la infausta ayuda
Principio fué de su dolor su duda.

Él es el que del niño en la existencia
Tuerce el camino y dificulta el paso,
Marchitando la flor de su inocencia
De la ignorancia en el corrupto vaso,
Estraviando su infantil conciencia
Tras un fanal de resplandor escaso,
Que aunque envuelto en maléfica humareda,
Al puro sol de la verdad remeda.

Él es el que la mente de los sabios
De la senda del justo descarria,
Y hace que mojen sus sedientos labios,
De amarga duda en la corriente impía:
Él engañosa máquina de agravios
A la razon del afligido envía,
Y le hace prorumpir en son de queja:
¡No es Dios el Dios que padecer me deja!

Él durmió en las entrañas de Lutero
Y alimentó los sueños de Calvino;
De Arrio con el espíritu altanero
El lábaro atacó de Constantino;
Por él el ateismo sordo y fiero,
Cual ceraste emboscado en el camino,
Las plantas muerde del creyente armado
Por la gracia de Dios contra el pecado.

Él atormenta en su oracion al santo,
Turba en su soledad al cenobita,
Y escuchan su murmullo con espanto
El templo, la pagoda y la mezquita:
Tras su huella infernal sin voz ni llanto
Va la blasfemia y el furor se agita;
Aquella maldiciones atesora,
Y ésta su mismo corazon devora.

Él se introdujo en el becerro de oro
Que al pié del Sina veneró el Hebreo,
Danzando al son del crótalo sonoro
Ante aquel rico é infernal trofeo:
De descontento en bullicioso coro
Trocó escitando su fatal deseo
Aquella muchedumbre dirigida
Por Dios hácia la tierra prometida.

Él á la luz del superior arcano
Ciego vapor de escepticismo opone,
Y rabiosa blasfemia de Juliano
Él en los labios aspirantes pone:
Él en el alma inquieta del tirano
Trama impalpable de rigor compone;
De Pilatos y Anás entró en el seno,
Y puso en una cruz al Nazareno.

De Satan el espíritu querido
Es y siempre á su diestra se coloca;
No turban su silencio desabrido
Ay lamentable ni blasfemia loca:
De falso amor y austeridad vestido,
Su mano, que marchita cuanto toca,
Halagos miente aunque la muerte envíe;
Su boca en vez de maldecir sonríe.

Viendo este ser que combatido estaba
El tenebroso rey de saña impía,
Al mirar que sus planes trastornaba
La piedad inefable de María,
Los ojos levantando en que brillaba
Profunda y melancólica ironía,
Llenando á Satanás de regocijo,
Así el demonio de la duda dijo.

“¿Y eres el ángel tú que eternamente
Encadenado en los tartáreos lechos,
Alzas aún la fulminada frente
Y contra Dios reclamas tus derechos?
No que en inútil cólera doliente
Tu audacia se trocó; miro deshechos
Los lazos de tu indómita energía,
Y ser vencido quien vencer debía.

“Tú en otro tiempo tan sagaz con Eva,
Tan altivo al bajar desde tu altura,
Tú cuya eterna saña siempre nueva
A los sumisos ángeles apura,
Tú cuya furia por poner á prueba
Con la tierra el Empíreo se conjura,
Así prescindes de la antigua gloria
Y das á tu enemigo la victoria!

“No, rey de las tinieblas; no el desmayo
Rinda tan pronto tus ardientes bríos,
Aunque vieras de Dios bajar el rayo
Cruzando del espacio los vacíos.
De mis ocultas armas un ensayo
Déjame hacer. Por los consejos míos
Mucho en la tierra conseguirte puedo:
Me oye la ciencia y me obedece el miedo.

“Vé, pues, dijo Satan, ó de mi trono
La mas sólida basa: marcha y obra
Conforme á mis designios: el encono
Que inútilmente en mis entrañas sobra
Te trasmito: tus artes en mí abono
La victoria me ofrecen: vé y recobra
Lo que he perdido entre la humana gente
Por esa vírgen que pisó mi frente.”

Dijo, y el tenebroso consejero
De su lado partió. Voló á la tierra,
Y al sentirlo un gemido lastimero
Cuanta criatura creacion encierra
De terror exaló. Cesó el ligero
Viento de hacer al bosque mansa guerra,
Cubrióse el cielo con cendal sombrío,
Movi6 sus ondas quejumbroso el rio.

Y el reprob6 entretanto caminaba
De impalpable vapor sobre una leve
Niebla, tal que la vista desafiaba
A descubrir lo que en su centro embebe;
El sol, que ya en Oriente se mostraba,
Su crin en vano á deshacerla mueve,
Que está formada de infernal aliento,
Y no la vencen ni el calor ni el viento.

Leguas así con profusion salvando
Del aire por los piélagos navega,
Y el remontado vuelo moderando
Sobre el palacio del obispo llega:
Allí el vapor, su masa disipando,
En vórtice invisible se despliega,
Y cunde por la tierra de tal suerte
Que cada átomo suyo es una muerte.

El infernal ministro en la morada
Del prelado penetra: blandamente
Se iusinúa en los ánimos: turbada
Cede á su oculta persuasion la mente,
Sin que revele sus influjos nada,
Sin que nada á la vista lo presente,
Que venenos al alma dirigidos
Al alma van mejor que á los sentidos.

¿Quién contará la máquina de engaños
Que forjó el enemigo en un instante?
¿Quién contará las iras y los daños
Que en los suyos sembró? Nadie. Triunfante,
Ya conseguido el fin de sus amaños,
Al Báratro volvió, y en su semblante
Un rayo de fatídica alegría
Brilló al entrar en la mansion sombría.

Y cierto fué que á cuanta varia gente
Abrigo dió la episcopal morada
Cundió por varios modos de repente
Una ignota malicia depravada:
La muchedumbre que antes obediente
Guardaba el paso sin cerrar la entrada,
Tornóse chusma descortés y fiera,
Sarcástica, viciosa y altanera.

Y el mismo piadosísimo prelado,
Que siempre en celo religioso ardía,
Sintió en sabrosos lazos de pecado
Presa del pensamiento la energía:
Ya no, cual antes, al rigor atado
Que su árduo ministerio le imponía,
Sintióse, dando á su tibieza ayudas
Vagos recelos y profanas dudas.

Recelos que en el alma se cruzaban
Cual fuegos fatuos de dudosa lumbre,
Dudas que el pensamiento sofocaban
En confusa indecisa muchedumbre;
Vagas ideas que entre sí lidiaban,
Cual sombras que dibuja en la techumbre
De un solitario y tétrico aposento
Una lámpara escasa de alimento.

Tropel de cavilosas impresiones
Que no dan convicción, pero que aterran,
Que llenan de pavor los corazones
Y la paz de los ánimos destierran;
Que despiertan malélicas pasiones,
Que todo un mundo de amargura encierran,
Y que hacen de sí mismo con agravio
Llorar al justo, estremecerse al sabio.

Siempre Juan de Zumárraga (tal era
El nombre que al prelado distinguía)
Por sabio y justo respetado fuera
Y nunca su renombre desmentía;
Mas ahora, al sentir la lucha fiera
Del tentador espíritu, tenía
Con rostro melancólico y acedo
Llanto en los ojos y en el alma miedo.

¿Quién podrá penetrar en el repliegue
Mas profundo de un alma pecadora?
¿Quién deshacer del corazón un pliegue
Para inquirir las penas del que llora?
¿Quién logrará sin que su luz lo ciegue
Hallar la ciencia que por alta adora,
Y decir parodiando al Infinito:
Aquí está la inocencia, allí el delito?

Dios, solo Dios. Él mueve desde el cielo
Las llaves de la ciencia y la justicia,
Administra la pena ó el consuelo
Y mide la inocencia ó la malicia:
De los misterios íntimos el velo
Penetra, de los llantos la primicia
Cobra, y es desde el átomo hasta el hombre
Norma del bien su soberano nombre.

¡A cuanto sér acosa la desgracia
Consuela con su inmenso poderío,
A las sedientas almas con la gracia
Y á la sedienta flor con el rocío:
Él colma con benévola eficacia
Del bien ó el mal la copa á su albedrío;
Carga en la nube la feroz tormenta;
Manda á Luzbel que tienta cuando tienta.

Porque del justo la mortal congoja
Por astucia diabólica tentado
Cuando el Eterno á combatir le arroja
Es cosa digna del supremo agrado:
El alma queda así cual fina hoja
De oro en crisol de tentacion probado;
El parabien de su conciencia escucha,
Y recibe la palma del que lucha.

Así el prelado combatiendo estaba,
Luchador ante Dios, contra el oculto
Enemigo que en su alma se albergaba
De su piedad con manifiesto insulto;
Enemigo que nunca presentaba
Respuesta á la razon ni al golpe bulto,
Serpiente que el veneno introducía
Y el mortal aguijon no descubría.

Y cual buque llevado por la ciega
Fuerza tenaz del viento ó del destino,
Del ancho mar por la estension navega
Roto el timon y desgarrado el lino,
Y de las olas la continua briega
Lo empuja por incógnito camino,
Hasta que choque y á romperse vaya
En duro escollo ó en amiga playa;

O como un ave que esforzando el vuelo
A su nativa tierra se retira,
Y al llegar derribada por el suelo
La vieja torre do habitaba mira,
Que con voz de profundo desconsuelo
Enderredor de los escombros gira,
Sin alejarse del hogar querido
Donde otros años construyó su nido.

Tal el prelado receloso y triste,
Viendo que su piedad peligro corre,
Ora atiende á la duda que la embiste,
Ora esfuerza la fé que la socorre,
Y cual fanal que al caminante asiste,
Sin que la huella de su luz se borre
Por deusa niebla ó por borrasca impía
Del mundo al fiel entre los mares guía.

Mientras el docto preste se afanaba
Por esquivar el laberinto ciego
De su razon, solícito llegaba
A la mansion episcopal Juan Diego
Y hablar con el prelado deseaba:
Concediósele el paso desde luego,
Y postrado á las plantas del anciano
Así habló reverente el mexicano.

“Padre y señor, mensaje de ventura
Mi rudo labio encomendado tiene,
Y aquí por orden de la Virgen pura
Tu humilde siervo á repetirlo viene:
Tal vez, señor, mi tosca vertidura
A la mision que traigo no conviene
Y á las palabras que mi voz repite
Crédito digno mi rudeza quite.

“Que tales ellas son y de tal boca
Para bien de nosotros emanadas,
Que no por voz humana ser les toca
Dichas, sino por ángeles cantadas:
Mas la obediencia mi humildad sofoca,
Que al hollar con mi planta estas moradas,
Fuerza divina encaminó mis pasos
Y abre mis labios de elocuencia escasos.”

Dijo el indio, y refiere de seguida
La historia del suceso peregrino
Por el que á su alma en el dolor sumida
Descendió un rayo del favor divino;
Cómo de luz y magestad vestida
La Virgen se interpuso en su camino;
Su bondad, sus promesas, su mandato,
Y así concluye su veraz relato.

“El cielo, padre, que al humilde elige
Y con su voz mi corazon renueva,
Me mandó que os dijera lo que os dije
Mi fé poniendo á milagrosa prueba:
Prueba, señor, que á la verdad me **afige**
Por verme indigno de merced tan **nueva**;
Mas la señora cuyo nombre alabo
Habló ante mí y obedeció su esclavõ.”

Así acabó Juan Diego. **Mudo, atento,**
Con inquieta tenaz melancolía
Zumárraga entretanto el aposento
A largos pasos sin compas media:
Ya se paraba inmóvil, ya á su asiento
Con recelosa indecision volvía,
Ya apresuraba el vacilante paso
De aquella estancia en el recinto **escaso**.

Ya observa en el semblante de **Juan Diego**
La luz de inspiracion que lo animaba;
Ya siente que perturba su sosiego
Duda tenaz que su aguijon le clava:
Ya de la fé lo vivifica el fuego;
Ya la inquietud sus pensamientos **traba**;
Ya escuchar un milagro se figura,
Ya una torpe ridícula impostura.

Y era que su alma, como flor marchita
Por un reptil de ponzoñoso diente,
Que ni su cáliz aromoso agita
Ni el sol la tiñe con matiz riente,
El tósigo fatal que con maldita
Lengua introdujo el enemigo siente
Dentro de sí, que su razon anuda
Con fuerte lazo la tartárea duda.

¡Fé, luz del corazon, fanal divino
Que en los revueltos mares de la vida
Aplacas las tormentas del destino
Y de la paz la senda apetecida
Muestras, al hombre triste peregrino
Encaminando á la feliz guarida
Do ningun duelo nuestro bien altera,
Ni el tiempo corre ni la muerte impera!

¡Fé, destello de Dios! ¡Por qué faltabas
De la turbada mente del prelado?
¡Por qué en ardua fatiga lo dejabas
Con amarga inquietud atormentado?
¡Por qué de duda con penosas trabas
Tuviste así su corazon atado,
Y no dijiste á su razon sedienta;
Voz es de Dios la que milagros cuenta?

Era porque el arcángel tenebroso
Que errores siembra y lágrimas recojo
No dejó en vano su recinto odioso
Y el negro fruto de su afán ya coje:
El consigue sagaz y artificioso
Que el alma á quien ataca se despoje
Del afecto divino que la inunda
Y en hondo abismo de impiedad se hunda.

Con sus ataques fatigó al prelado,
Y él en virtud de superior desnudo
Lo resistió pujante y denodado
Sin conocer vacilación ni miedo;
Mas el maligno tósigo infiltrado
¿A quién no deja el corazón acedo?
¿Quién la voz infernal en vano escucha?
¿Quién sino Dios sin fatigarse lucha?

En vano así de su furor la flecha
Lanzó el demonio del prelado al alma,
Que no abrió aquel en sus virtudes brecha
Y éste del triunfo mereció la palma;
La palma mereció; pero deshecha
Vió en tal punto del ánimo la calma,
Y comenzó con pernicioso modo
A sospechar de todos y de todo.

¿No habeis tenido en vuestra vida horas
Llenas de horror y de piedad vacías,
Preñadas de memorias roedoras,
De imágenes aciagas y sombrías;
Hebras que con sus manos destructoras
Mezcló el Tiempo en la trama de los días,
Que la paz del espíritu destruyen
Y la esperanza celestial escluyen?

¿Horas, no habeis tenido en que se viste
Con fúnebre capuz el mundo entero,
En que la angustia el corazón embiste
Como embiste al viandante el bandolero;
En que todo está mudo, seco, triste,
Como un jardín que despojó el Enero,
Y en que nos niegan con rencor odioso
La tumba paz, la eternidad reposo?

Es porque en esas horas del Infierno
Un genio sale y á nosotros viene,
El genio de la duda que en lo interno
De nuestra mente su morada tiene;
No hay en nosotros sentimiento tierno,
Sublime aspiración que no envenene,
Y al sello de candor que Dios impone
Glacial *quién sabe* en nuestro labio opone.